

CAPÍTULO I

VALENTINA

Sin tiempo para volver a despertar, acariciaba su delicada cara y cogía su mano con fuerza. Fue una noche gris y fría, llena de juegos, fantasía y amores olvidados. La joven Valentina volvía en sí una vez más, tras un largo paseo por el desierto de los sueños. Nunca llegó a ser reina, ni siquiera amada, como hubiese querido su madre, pero siempre tuvo en su mente un deseo: ser otra persona, un hada en un bosque lejano, rodeada de duendes y seres extraños. Se imaginaba a sí misma cada amanecer volando sin

miedo y abrazando corazones. *Mamá no quiso ser princesa*, solía decir.

El verano de 1898, lejos de ser el más maravilloso de su vida, se convirtió por momentos en un funesto recuerdo, lleno de envidias, silencios aterradores y miradas cómplices. La casa de campo, inerte y moribunda, sería testigo de un crimen oculto, calculado a base de rencillas familiares, plagado de incógnitas sin resolver y lleno de misterios que no dejaron indiferente a la pequeña Valentina.

Fue una niña inquieta y avispada. Su mirada era su voz y su voz su corazón. Nunca pudo hablar. Nació muda y casi sin avisar un 18 de noviembre de 1887, siguiendo la profecía que unos años antes había sido revelada a sus padres por una tarotista, mitad maga, mitad bruja.

La mujer habló una noche de luna llena, pero los padres de Valentina nunca llegaron a creerla, siempre pensaron que estaba loca. Aquella señora inquietante, de sonrisa burlona y nariz afilada, anunció la llegada de una niña especial, cuyo destino cruel y perverso cambiaría el signo de la historia.

Situada sobre unas grandes montañas, regada por un gran río y rodeada de frondosa vegetación, se encontraba la gigantesca mansión de la familia Wellington. Era un lugar apartado del mundo, casi sin sitio en los mapas de la época. Estaba presidida por una solemne puerta de madera y cercada por completo por una gran valla de metal. La entrada, casi esperpéntica, no dejaba lugar a dudas. Se trataba de un edificio legendario, cargado de figuras de piedra bastante extrañas. Dos formidables gárgolas

daban la bienvenida al visitante y un largo pasillo lo llevaba hasta el porche. De todo el jardín llamaba la atención un rinconcito, que aparentaba ser muy especial, enigmático y tenebroso. En una esquina podían verse unos columpios de madera, cubiertos de telarañas y al parecer olvidados. Sin embargo, la presencia de una muñeca de trapo, sentada en un banco, hacía presagiar que aquel lugar, un tanto inhóspito, tenía un significado especial para la familia.

Sir Francis Wellington, padre de Valentina, acumuló una gran fortuna en sus viajes coloniales como comerciante. Fue un gran negociador y navegante, siempre apasionado por conocer nuevas culturas, intrigado hasta el punto de obsesionarse con la apertura de nuevas vías de negocio, sin tiempo para él, y mucho menos para su hija. Precisamente

en uno de esos viajes conoció a su difunta esposa, una mujer guapísima y muy diferente a él. Le dio dos hijos: Valentina y Adrian. Este último falleció a los seis años de vida, víctima de una terrible enfermedad de origen desconocido y que ni su padre, con tanto dinero, pudo curar. A los dos años de su muerte, su madre decía adiós a este mundo también, de la noche a la mañana, tras tomarse el vaso de leche caliente de todas las noches. Fue Valentina quien la encontró, creyendo que estaba dormida, pero aquel sueño llegó a ser eterno. Nadie supo a ciencia cierta cuál fue el motivo de su muerte. Este hecho marcó la infancia de la niña. Ya nada volvió a ser igual en su vida desde entonces.

Se acercaba la noche desde el horizonte y negros nubarrones anunciaban un duro viaje a través del mundo de los

sueños. Oculta tras sus sábanas, esperaba en silencio una vez más la llegada del guardián del castillo. Este le abría las puertas del reino de las ninfas y desde allí, cualquier cosa podía ocurrir. Comenzó a cerrar sus ojitos lentamente y el cansancio hizo el resto. No siempre tocaba sufrir, de hecho muchas veces los sueños no eran malos, sobre todo en los días que parecían ser diferentes a los demás, aquellos que ella siempre esperaba y que sin embargo, nunca llegaban.

Alguien había entrado, caminaba despacio y vigilante. Su padre dormía arriba, en la cama de su madre. Se pasaba las noches rezando por ella y por su hija.

Desde abajo, Valentina lloraba desconsolada sin poder hablar. De repente, pudo ver cómo una sombra alargada

abría cuidadosamente la ventana del salón. Pudo verle, y aquel espectro se detuvo ante ella durante unos segundos. La miró y sonrió. Valentina, oculta tras la ropa de la cama, esperaba que cogiese algo de dinero y marchase sin hacer ruido. De su rostro llamaba la atención una cicatriz en el lado derecho que llegaba casi hasta el ojo.

—*¿Quién anda ahí?*, gritó Sir Francis, escopeta en mano.

Sin embargo, ya era demasiado tarde. Lo cogió a traición por la espalda y la oscuridad llegó, reflejando el brillo del acero en el cristal de su cama y dejándolo sin aliento.

Ella pudo ver su rostro y sin embargo, nunca podría confesar. El llanto de Valentina jamás sería escuchado, salvo por su corazón. Sueño o realidad, en su cabeza estaba la respuesta.

Valentina volvió a cerrar los ojos una vez más y continuó viajando a través de la puerta del *Reino escondido*, una morada desconocida que ningún mortal había conseguido ver. Entre mito y fantasía, las imágenes de su hogar se mezclaban con recuerdos de su madre, abrazada a su padre, justo antes de partir. Nadie podía escucharla, jamás sabrían quién lo hizo. Un día su madre le dijo: ¡*Valentina!*, *papá no quiere que seas una princesa.*

Ella nunca entendió aquellas palabras, pero seguía soñando cada noche. Quizás la vida no le dio lo que su imaginación sí le regalaba: una vida diferente.

Atrapada en su sueño de cristal, sin rumbo y guiada por la luz de *La Montaña del Fuego Eterno*, se adentraba poco a poco en las hermosas tierras del *Mago Azul*, donde los días no existen y las no-

ches no terminan nunca. Tras los frondosos árboles, unas criaturas peludas, de orejas puntiagudas y un solo ojo, solían asomarse para ver a la chiquilla. Asustados e inquietos, los *cruggles* no podían caminar y se desplazaban por las ramas con su larga trompa. No tenían alma, ni tampoco podían hablar, pero emitían un sonido extraño que les permitía comunicarse entre sí.

Los habitantes de la aldea eran conocidos como los *hinuits*, hombres atrapados en cuerpos de niños, condenados a vivir así hasta la eternidad. Su pecado fue cruzar *El valle de las almas errantes* para intentar llegar hasta *El castillo de cristal*, donde según cuenta la leyenda se esconde un gran tesoro. Eran gente sencilla, cultivaban la tierra y criaban sus animales. Apparentemente vivían en armonía. No necesitaban nada del exterior.

De hecho, ningún *hinuit* se atrevía a salir del poblado. Habían adquirido toda la experiencia de los hombres, pero estaban libres de toda maldad, ya que sus corazones eran puros. Sus miradas denotaban cierta nostalgia y melancolía. Vivían en casas hechas a base de troncos y ramas.

Valentina caminaba despacio, observando las verdes praderas y escuchando el agua que caía desde la colina. Las *hadas del bosque* se acercaron a su cabeza y empezaron a hablarle.

—¿Eres una princesa?, preguntó una de ellas, mientras agitaba sus diminutas alas.

—*Papá no quiso que fuese una princesa*, respondió la muchacha.

Camino de la aldea de los *hinuits*, algo llamó la atención de la linda Valentina. Alguien caminaba bajo la tierra a gran

velocidad. Llegó a detenerse justo delante de ella y asomó su cabeza, algo aturdido. Con dificultad logró sacar sus manos del agujero y pudo salir. Agitó con virulencia su enorme cabeza para sacudirse la tierra del gorro azul y estornudó un par de veces.

Se trataba de un *gnomo del sur*. Estos personajillos vivían en los árboles y caminaban bajo las verdes llanuras del bosque. Eran seres muy inteligentes, pero algo contestones, y siempre tenían una respuesta adecuada para cada problema cotidiano. Podían llegar a vivir más de doscientos años y solían alimentarse de plantas y frutas del bosque. Cuenta la leyenda que llegaron a conocer una fórmula mágica para no envejecer nunca y que su fuerza era mayor que la de siete *hinuits* juntos. Su nariz era grande y redondeada, casi como un pi-

miento. Sus ojos brillaban con fuerza y se ocultaban tras unas pobladas cejas blancas.



Valentina se agachó para mirarlo detenidamente y acercó su mano con cuidado. Aunque estaba un poco asustado, dejó que la niña tocara su arrugada cara